

LA FEDERACIÓN

PERIÓDICO REPUBLICANO FEDERAL

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

Trimestre, 2 pesetas en toda España; 25 ejemplares de LA FEDERACIÓN, 1,25.

No se admitirán libranzas especiales de la prensa.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

HABANA, 12, 3.º IZQUIERDA

ADONDE SE DIRIGIRÁ TODA LA CORRESPONDENCIA

Se publicará una vez lo menos por semana

PUNTOS DE SUBSCRIPCIÓN

En la Administración: almacén de drogas de D. A. Fernández, León, 38, y puesto de periódicos del café Imperial.

PAGO ADELANTADO
en libranzas del Giro Mutuo nacional.

DIRECTOR: JOSÉ TRINCHANT Y FORNÉS

ADVERTENCIA.

Rogamos á nuestros abonados se sirvan remitirnos á la brevedad posible el importe del trimestre actual, á fin de continuar sirviéndoles puntualmente los números de nuestra publicación.

Á LOS FEDERALES

DE NAVALMORAL DE LA MATA.

Queridos correligionarios: siento no poder asistir á la velada que consagrais á la memoria de nuestro inolvidable amigo Felipe Arenas.

Felipe Arenas era todo un hombre: á sus altas dotes de inteligencia reunía prendas de carácter que por desgracia escasean. Aprended en él; aprended á conservaros firmes en vuestros principios á pesar de los rigores de la adversa suerte, á no desmayar en los tiempos calamitosos ni alborotaros en los días prósperos, á separaros de los hombres desleales y vivir estrechamente unidos con los que nunca desmintieron las ideas que con vosotros abrazaron.

Pertenecéis á un partido que tiene un programa como jamás lo tuvo ningún otro bando político. Propagadlo y seréis, si ya no lo sois, la esperanza del pueblo. Decid uno y otro día á vuestros conciudadanos que nosotros venimos á cambiar la forma y aun el sistema de Gobierno, á difundir la vida hoy concentrada en Madrid por todos los ámbitos de la Península, á emancipar las regiones y los municipios de la tiranía en que viven, á crear en todas partes focos de actividad á fin de que se desarrollen todos nuestros gérmenes de riqueza. Decidles que nosotros sentimos como el que más los ya crónicos males de la patria, y estamos resueltos á no perdonar sacrificio por remediarlos y cortarlos. Decidles que no pertenecemos á ese grupo de gentes ilusas que hablan de suprimir tributos y no de rebajar en la debida proporción los gastos, y, si como ellas prometemos aminorar la pesadumbre

de las cargas públicas, es borrando del presupuesto las obligaciones eclesiásticas, reduciendo á menos de la mitad la cifra del ejército, no dejando en el marsino los buques que exija la defensa de nuestras costas, suspendiendo la amortización de la Deuda hasta que podamos vivir sin déficit, dejando los haberes de las clases pasivas en lo que estrictamente reclamen las verdaderas necesidades de la vida, poniendo coto á las jubilaciones y los retiros, simplificando nuestra embrollada administración y nuestro complicadísimo sistema tributario, origen de excesivos gastos, sobre todo en la cobranza de los impuestos, derogando toda inmunidad y todo monopolio y exigiendo por fin de los españoles todos que contribuyan á las cargas del Estado en proporción á su fortuna, ténganla en bienes muebles ó en bienes raíces, en metálico ó en títulos de la Deuda pública. Decidles que no olvidamos tampoco las clases jornaleras, y, ya que no creamos en la súbita transformación con que algunos sueñan, tenemos el firme propósito de realizar todas aquellas reformas que puedan en lo material y lo intelectual levantarlas al nivel de las otras clases. Nuestras reformas sociales, escritas hace tiempo, fueron confirmadas y ratificadas por una de nuestras últimas asambleas.

No os canséis, repito, de difundir este programa. Con ó sin coalición, no dejéis pasar día sin que lo reproduzáis á los oídos de vuestros compatriotas. Desconfiad del que os diga que guardéis silencio sobre lo que constituye nuestro dogma. Partido que calla sus ideas languidece y muere.

Si todavía viviera, esto os diría de seguro el muerto á quien honráis. Honradle, honradle, que no sería digno de vosotros dejar de honrar á los que mientras vivieron sacrificaron desinteresadamente por el triunfo de vuestras aspiraciones su bienestar y su reposo. Se asocia de todo corazón al dolor que sentís vuestro correligionario.

F. PI Y MARGALL.

Madrid 13 de Agosto de 1889.

ATAQUE IMPRUDENTE.

Nuestros lectores conocen ya la brillante carta que el Sr. Pi y Margall dirigió en 11 de Julio á nuestros correligionarios de Paradas.

Esta carta, que reprodujo en sus columnas toda la prensa de nuestro partido y aplaudieron sin reserva todos los federales españoles, terminaba de este modo:

«No os preocupen hoy por hoy cuestiones de otra índole. Día vendrá en que voluntaria ó involuntariamente os halléis unidos con todos los adversarios de la monarquía. Tratadlos, desde luego, con cariño, bien que no sin descubrirles uno y otro día el fondo del mal y señalarles el remedio, ni sin uno y otro día repetirles que por la República unitaria no cambian las monarquías sino de forma; por la República federal, perecen.»

Ahora bien: ¿Hay en el párrafo transcrito algo irregular, algo depresivo para alguno de los grupos republicanos, algo nuevo siquiera que el Sr. Pi y Margall no haya dicho ya en cuantas ocasiones juzgó pertinente señalar las inmensas ventajas que ofrece la federación sobre el unitarismo?

Creemos que no: y buena prueba de ello son el silencio profundo que los periódicos unitarios, únicos que podían haberse dado por aludidos, guardaron sobre el particular, y el aplauso unánime con que toda la prensa federal, sin excepción, recibió é hizo suyos los hermosos conceptos y las verdades inconcusas que contiene aquella carta; especialmente, el párrafo citado.

Pues bien: ese párrafo irreprochablemente correcto, inofensivo, conciliador y fraternal, si así puede decirse, es precisamente el que ha sacado de sus casillas á un periódico semanal, republicano incoloro (pues todavía no sabemos con certeza cuál es su verdadero programa político) y libre-pensador, por añadidura.

Y ¡cosa rara!

La carta del Sr. Pi se dió á la estampa á mediados del pasado Julio; y, sin embargo, hasta muy entrado Agosto, el periódico aludido no cayó en la cuenta ó se convenció plenamente de que debía protestar con-

tra la publicación de aquel pecaminoso escrito y fulminar contra su autor todo género de inculpaciones.

De suerte que el apreciable órgano... de Zorrilla ó de Salmerón (pues todavía no sabemos tampoco á cuál de estos dos señores reconoce por único jefe), ha empleado próximamente un mes, para formar y emitir juicio sobre el lacónico contexto de la carta referida.

¡Un mes!... No nos parece mucho; sobre todo, si se tiene en cuenta que el autor del artículo que nos ocupa pudo muy bien... haber empleado dos.

Pero el articulista debe ser sin duda hombre asaz descontentadizo, dicho sea sin ánimo de ofenderle; así que, no satisfecho con *triturar* al Sr. Pi, sale resuelta y animosamente á la defensa de su *una é indivisible* y la emprende con la *federal*, incurriendo (involuntariamente, por supuesto) en una serie de inexactitudes é injusticias de tal bulto, que bien merecen la pena algunas de ellas que las anotemos.

Dice el articulista:

«Sobre la inoportunidad de excitar en estos momentos á sus correligionarios á contradecir á los republicanos que no son federales, el Sr. Pi y Margall falta aquí á la exactitud de los hechos.»

El Sr. Pi y Margall se concretó exclusivamente á consignar en su carta «que por la República unitaria no cambian las monarquías sino de forma; por la República federal, perecen.»

Pues esta verdad tan sencilla, tan evidente que no necesita demostración; esta verdad reconocida por hombres pensadores y eminentes, ha sido considerada por el articulista como una excitación inoportuna en los actuales momentos; pero, en cambio, el articulista no ha parado mientes en consagrar dos extensas columnas de impresión á atacar rudamente al Sr. Pi, y, lo que es más grave aún, al partido federalista en general, cuyos hombres no han apostatado nunca de sus creencias políticas, ni desertado jamás de su bandera, como los apreciables é ilustrados redactores del periódico aludido no deben ignorar.

De modo que nos hallamos enfrente de dos excitaciones, que se dirigen á un mismo fin, aunque por opuestos rumbos; una, del Sr. Pi; y otra, del articulista. La primera, inoportuna y censurable, por ser del Sr. Pi; la segunda, oportunísima y plausible, por ser del articulista.

Qué, ¿no satisface esto á nuestros lectores? Pues así es como esos... demócratas antifederales interpretan siempre la libertad, la igualdad y la justicia.

Pero examinemos ahora las pruebas que el articulista expone para demostrar que el Sr. Pi ha faltado á la exactitud de los hechos que en su carta afirma.

«La República unitaria de Danton y Robespierre—añade el articulista—no sólo hizo perecer á la monarquía, sino que la *decapitó*, mientras que la federal que contribuyó á traer el Sr. Pi, pereció á seguida á manos de la monarquía.»

Lo primero es evidentemente cierto; lo segundo, evidentemente falso.

Es una verdad innegable, una verdad histórica que la República unitaria de Danton y Robespierre *decapitó* á la monarquía francesa en la persona de Luis XVI; pero no lo es menos tampoco que aquella República, apenas nacida, se *decapitó* á sí misma, y sobre su cadáver ensangrentado, sobre las cabezas de sus ilustres fundadores, se alzó á seguida, terrible y amenazadora, la más hipócrita, cruel é indigna de las dictaduras.

En cuanto á la República que contribuyó á traer el Sr. Pi, no es exacto que pereciera á manos de la monarquía; ni mucho menos que fuera federal; y si murió en flor, fué precisamente por eso, porque no llegó á serlo.

Aquella República fué villanamente traicionada, vendida por los Judas del federalismo, quienes, *coligados* entonces secretamente con los demócratas monárquicos de D. Amadeo, intentaron bastardearla, y no pudiendo conseguirlo, la entregaron atada de piés y manos á un general... desvanecido, aunque afortunado, por odio á la federación.

Y pregunta el articulista:

«Pero es que quiere el Sr. Pi y Margall, al hablar con menosprecio de la República unitaria—hasta el punto de decir que *con la República unitaria no cambian las monarquías sino de forma*—es que quiere hacer creer á las gentes que con la República federal podrá tener España un Gobierno más democrático y más justo y libre que el de la República unitaria francesa?»

Y ¿quién, si no es el articulista, se atreverá á ponerlo en duda?

Lo que nos asombra grandemente es que semejante pregunta haya sido formulada por un demócrata, y demócrata ilustrado, como parece serlo el articulista.

Las gentes, ó los federales españoles, no necesitan ya que el Sr. Pi les haga creer eso que el articulista pregunta, *porque lo tienen ya olvidado*.

Pero las gentes, ó los federales españoles, creen más todavía: *creen que ningún demócrata sincero puede decir que la forma de gobierno propia de la democracia sea la República unitaria*.

Unitarismo y democracia son dos términos antitéticos, que se excluyen absolutamente.

Bajo un Gobierno unitario, llámese como se quiera el jefe supremo del Estado, la democracia se desenvuelve dentro de una esfera, digámoslo así, de goma elástica, la cual esfera se ensancha y estrecha á capricho de la Soberanía real, si el Gobierno es monárquico, ó de la Soberanía nacional, si es republicano.

Y en un país donde la democracia no funciona libre y desembarazadamente, no puede decirse que hay verdadera *libertad*; y donde la libertad no abraza en orgánico sistema, no solo al ciudadano, sino á la familia, al municipio, á la región y á la patria, dentro de una unidad geográfica cualquiera; donde la libertad no consagra el derecho en las relaciones de uno á otro individuo, no puede decirse tampoco que hay *igualdad*; y donde no hay igualdad, no puede haber *justicia*.

Y siendo esto evidente, incontrovertible ¿cómo dudar que con la República federal, que es la *única* forma de gobierno que reintegra al individuo en toda la plenitud de sus derechos y facultades, no tendrá España un Gobierno más *democrático*, más *justo* y *liberal* que lo es la República unitaria francesa?

Hoy no se encuentra ya un joven de 20 años, medianamente iniciado en la cosa pública, que ignore eso.

Nos hemos extendido más de lo que pensábamos, y tenemos que pasar en silencio otros deslices no menos garrafales que los consignados, para venir á tratar, siquiera sea someramente, dos puntos interesantes que el articulista toca.

Afirma el articulista que dentro del partido federal hace ya tiempo que viene dibujándose una disidencia latente entre el capitán y los soldados.

Expliquemos esto.

Es verdad que algunos elementos republicanos vienen trabajando á la sordina sobre esa disidencia, desde muy antiguo: quizá desde el golpe de Sagunto.

Ya en el otoño de 1887, nuestros incorregibles adversarios, aprovechándose hábilmente de la ruptura de la coalición, intentaron, aunque estérilmente, dar forma real á esa disidencia tan codiciada.

Hoy, aprovechándose también de la actitud ambigua y un tanto hostil de cierto acaudalado personaje, pretenden nuevamente realizar la tan anunciada y perseguida disidencia, atrincherándose *valientemente* en la coalición de la prensa.

¿Conseguirán esta vez sus añejos propósitos?

Cuando llegue la hora (quizá no esté lejana) de que se haga la luz, y un rayo de esa luz denunciadora venga á alumbrar de lleno el fondo asqueroso en que se revuelven los reptiles, ya el articulista verá, que el número de los disidentes no excede de media docena de políticos trashumantes, de aduladores hipócritas, de periodistas asalariados, adoradores serviles del *becerro de oro*.

Y vamos al segundo de los puntos arriba indicados:

Ningún partido antimonárquico ha deseado y desea con más verdad y ahinco que el federal la coalición republicana: ninguno, tampoco, va más derechamente á la revolución.

Pero, entendiéndalo bien el articulista y sus correligionarios, si por acaso los tiene: «esa coalición se hará entre partidos organizados, de programa definido, y jamás con individualidades ó agrupaciones que, por respetables que sean, no es lógico que resulten á la altura de partidos fuertes y organizados».

Así lo han declarado repetidas veces, no sólo los periódicos federales, sino también los unitarios, adheridos y no adheridos hoy á la coalición de la prensa.

Esa alianza, pues, «se hará si los federales y los unitarios se entienden—que bien pudieran entenderse—y todos los demás tendrán que someterse á ella ó quedar fuera de la órbita de acción revolucionaria,

revolviéndose en la impotencia, echando zancadillas en la sombra, ó soñando con represalias en lo porvenir.

Por lo demás, y no se olvide esto nunca: los leones no pactan nunca con los gatos.»

JOSÉ TRINCHANT.

LA VOZ DE LA DIGNIDAD.

El violento, inoportuno é injustificado ataque, recientemente dirigido contra don Francisco Pi, contra nuestro partido y nuestro dogma, por *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, y de que nos ocupamos en otro lugar de este número, ha causado profunda y general indignación entre los federales, y dado motivo á una vigorosa y sentida protesta de *La Avanzada*, de Barcelona.

Contrasta singularmente la actitud franca, varonil, dignísima, adoptada por el estimado colega barcelonés, con la actitud equívoca y el silencio inexplicable que *La República*, diario que se llama federal y que dice reconocer la jefatura del Sr. Pi, ha tenido por conveniente guardar sobre aquel exabrupto incalificable.

Convencidos de que nuestros lectores han de agradecerémoslo, retiramos gustosísimos el artículo doctrinal, que teníamos compuesto, para dar cabida al enérgico y razonado escrito de *La Avanzada*, que dice así:

«Al Sr. D. de LAS DOMINICALES.

En el número último de nuestro colega madrileño *Las Dominicales del Libre Pensamiento* hemos leído un extenso artículo en que se ataca de una manera tan ruda como inoportuna y destemplada al Sr. Pi y Margall y al partido federalista. Forma parte el colega de la prensa coligada y no debía insertar un artículo que hiere en lo más vivo del alma al partido federal y al sabio apóstol del federalismo republicano democrático. No creemos que su autor, al dar publicidad á su trabajo, abrigase la pretensión ridícula de que no sería contestado; debió ver que suscitaba una polémica y que, al hacerlo, faltaba á los acuerdos adoptados el 24 de Junio, que cierran la puerta á toda discordia entre periódicos republicanos. Al Sr. D., autor del escrito, dejamos entera la responsabilidad que le cabe por sus injustos ataques en plena coalición de la prensa y desde las columnas de un periódico coligado.

El Sr. D., para combatir al Sr. Pi, toma pié de la carta dirigida el día 11 de Julio por nuestro estimado correligionario al *Centro Federal de Paradas*, en la que decía á sus socios:

«No os preocupen hoy por hoy cuestiones de otra índole. Día vendrá en que voluntariamente os halléis unidos con todos los adversarios de la monarquía. Tratadlos desde luego con cariño, bien que no sin descubrirles uno y otro día el fondo del mal y señalarles el remedio, ni sin uno y otro día repetirles que si por la República unitaria no cambian las monarquías sino de forma, por la República federal, perecen.»

Niega el articulista que sea exacto que por la República federal perezcan las monarquías y dice que sucede lo contrario.

Afirma que la República unitaria de Danton y Robespierre hizo perecer la monarquía y la *decapitó*, en tanto que la federal que contribuyó á traer el Sr. Pi, pereció á seguida á manos de la monarquía. Con sonrisa de desdén asegura que oirán los hombres instruidos la afirmación de que la República federal tendrá un Gobierno más democrático y más justo y libre que el de la República unitaria francesa. Califica al Sr. Pi de eterno disidente y parece que le echa en cara su oposición á los federales de Cartagena, á los que se quedaron en las Cortes, á Figueras, á Salmerón, á la minoría republicana de las actuales Cortes, á todos los republicanos que votaron y defendieron su candidatura en las últimas elecciones.

Otros cargos formula el Sr. D.; en honor á la brevedad los pasamos por alto. Son todos á cuál más duros; no hay uno justo. Acusan apasionamiento, ganas de hacer morder el polvo al nombre venerable que ha sustentado siempre las mismas progresivas y redentoras doctrinas, al consecuente, al puro, al incorruptible ciudadano que no ha vendido sus convicciones, que no ha apostatado jamás, que no ha arrojado su nombre en el cieno de las concupiscencias personales. ¿Qué se propone el Sr. D. con esa inusitada saña? Audacia se necesita para arrojar piedras sobre el coloso de la España contemporánea, contra el prototipo de la honradez y la consecuencia política.

Muy enemigo habrá de ser el Sr. D. de Pi y Margall y de las doctrinas federales, cuando se atreve á formular los cargos que dejamos consignados. Sólo quien desconozca la historia puede decir lo que el Sr. D. dice. Que la República unitaria de Danton y Robespierre mató y aun decapitó la monarquía, ¿lo aseguraría el que supiese que con Napoleón y los Borbones volvió pronto, muy pronto la monarquía decapitada? ¿Cómo derivar de que fuese federal la muerte de la República de 1873, cuando no llegó á serlo? Ni fué federal ni murió por serlo; fué unitaria y la mataron para que no se la pudiese organizar bajo los moldes federativos, contra los cuales no han prevalecido en ningún tiempo las liberticidas bayonetas de los traidores. Ni es tampoco cierto que la República muriese á manos de la monarquía; para afirmarlo hay que falsear la historia, en cuyas páginas encontrará el Sr. D. que la muerte de la República tuvo lugar el 3 de Enero y la vuelta de la monarquía uno de los últimos días del mes de Diciembre de 1874. Si, pues, la República murió por ser unitaria y la restauración tardó casi un año en prevalecer después de muerte alevosamente, ¿podrá decirnos aquel señor dónde está la justicia de sus ataques?

Deprime la República que queremos, con el Sr. Pi, los federales todos y ensalza la actual República francesa: ¿es que ignora que los federales separaríamos la Iglesia del Estado y no daríamos un solo céntimo al clero católico y que Francia paga religiosamente á la Iglesia y pacta con el papa? Sorní y Olave, católicos y defensores de la separación de la Iglesia y el Estado, son, Sr. D., una severa y elocuente enseñanza para todos los republicanos que patrocinan el sostenimiento del culto y clero por el Estado, para los hombres públicos que, como Salmerón, enemigos del catolicismo, quieren pagarlo y respetar sus privilegios y que, llamándose libre-pensadores, no vacilan en respetar las obligaciones eclesiásticas, que montan 42

millones de pesetas. ¡Bonita propaganda libre-pensadora la del Sr. D.!

Disintió Pi y Margall de los federales de Cartagena porque se había comprometido á dejar la organización de la República á la libre decisión de unas Cortes Constituyentes y quiso cumplir su compromiso; disintió de la mayoría de las Cortes porque no estaba con ella conforme en que impresasen los procedimientos conservadores; de Figueras, porque Figueras era enemigo y él amigo y defensor de la autonomía y el pacto; de Salmerón, porque este señor dejó de ser federal y se hizo unitario; de la minoría de las actuales Cortes, porque esta minoría se declaró partidaria de la lucha legal y enemiga de la revolucionaria. Todo esto honra á Pi y Margall; y siendo así, ¿habrá razón para echárselo como un oprobio furiosamente á la cara?

El Sr. D. quiere, por lo visto, la unión de todos los republicanos. Califica de teologías políticas, de aborrecidos distinguos teológicos y de metafísicas políticas las discusiones encaminadas á separar en federales y unitarios á los republicanos. Sepa que esas metafísicas y teologías son cuestiones de doctrina; sepa que todos los federales rechazan ese perturbador criterio; sepa que la unión ni la pactaron los periódicos ni la quieren los republicanos. Es no menos insensato que ridículo pretender sumar, contra los preceptos de la lógica y las reglas matemáticas, cantidades heterogéneas.

Somos fieles al pacto de 24 de Junio y lamentamos que se lo interprete torcidamente desde las columnas de un periódico coligado, cuyo director forma parte integrante del Comité Directivo de la prensa. Esperamos que el Comité, atento á cumplir y hacer cumplir los acuerdos del 24 de Junio, desautorizará el artículo á que hemos creído de nuestro deber oponernos con todas nuestras fuerzas.

Esta es la protesta. Mediten ahora los federales españoles.

CARTA DE VALENCIA.

Sr. Director de LA FEDERACIÓN:

Estimado amigo y correligionario: He leído con muchísimo gusto las sabrosas cartas que, firmadas por *Cualquiera*, han aparecido insertas en su valiente semanario. ¡Lástima grande que hayan dejado de publicarse! A bien que yo confío en que, vencidas dificultades que desconozco, pero que presumo, no ha de tardar en aparecer de nuevo ese dichoso corresponsal que ha tenido la fortuna de barrer, con un valor nada común en estos tiempos, lo que para bien del partido se ha barrido. ¿Cederá *Cualquiera* en sus propósitos antes de terminar la obra empezada? No lo espero; pues él, que tan enterado parece estar de la política valenciana, debe saber que, si ha barrido mucho, queda todavía mucho que barrer y hay que continuar la limpieza, cueste lo que cueste y caiga el que caiga.

Decía *Cualquiera* que el partido federal valenciano no tenía jefes, verdad grandísima que debiera esculpirse en todas las esquinas para vergüenza y escarmiento de esas pequeñas nulidades que aspiran á ser grandes hombres. Pero, por lo mismo

que es una verdad de á folio, incomodó á algunos y á otros los dejó perplejos, sin duda porque estos creían que en nuestro partido se improvisan las jefaturas con la misma facilidad con que se hacen los buñuelos. Yo de mí sé decir que las palabras de *Cualquiera* me llenaron de satisfacción, tanto más, cuanto que nunca he sido amigo de ocultar verdades por tristes y dolorosas que sean.

Pero hete aquí que *Cualquiera*, al llegar á la mitad de sus anunciados propósitos, se pára guardando un silencio casi sospechoso. Procuro averiguar la causa para darle á él también su merecido, caso de haberse mareado; pero averiguado y sabido el por qué de su silencio, me confieso derrotado por esta vez y declaro, sin temor á equivocarme, que la causa principal de su parada no es otra que el excesivo amor que al partido profesa. Mis dudas, pues, han quedado desvanecidas.

No sigue, pues, escribiendo y probando hasta la saciedad lo ofrecido, por patriotismo y por deber. Tomó, al parecer, tila y descansa hasta ver cómo cierta Comisión, nombrada á instancias de probados federales de la provincia, cumple el encargo que se la confiara.

Pero cáteme V., Sr. Director, dudando de nuevo—¡y ojalá que en esta ocasión también me equivocara!—de si la susodicha Comisión cumplirá su cometido. Por de pronto ya han pasado días y nada se ha hecho, y lo que es peor que, según se dice, alguno ó algunos individuos de la Comisión citada, no sólo no piensan cumplir el compromiso que aceptaron, al parecer con toda formalidad, sino que pretenden nada menos que *suprimir la Junta provincial*, por ser rueda que no sirve, sin duda, para el engranaje de la máquina federal. ¡Y luego nos quejamos de que los contrarios partidos nos llamen mentecatos y locos y faltos de chirumen!

Yo no encuentro otro medio para evitar estas vergüenzas, que el de someter á un examen previo á todo aspirante á jefaturas en nuestro partido. Salía, por ejemplo, un ciudadano muy conocido en su casa, mostrando deseos de que se le nombrara jefe. Perfectamente: la ambición también puede á veces ser una virtud. Mas para evitar falsificaciones, entiendo que convendría formar un tribunal, que examinara al pretendiente de los puntos más principales de nuestro sistema político. Se le preguntaría qué era *Democracia*, qué era *República*, qué era *Federación*; se le preguntaría también cómo se forman y desenvuelven nuestros organismos político-administrativos, su vida de relación, etc., etc.; y se le exigiría, por último, algún conocimiento en lo referente á los deberes del hombre para con la sociedad, para con la familia y para consigo mismo. Una vez que el desconocido aspirante á jefe saliera airoso de ese examen, no habría más que consultar la voluntad del pueblo, y si el pueblo lo estimaba conveniente, ya estaba el jefe hecho. Así, así es como nosotros, los pobretones soldados de fila, no pasaríamos por la vergüenza de ver que más de cuatro se meten

á jefes federales, sin saber si la palabra *Federación* se escribe con *h*.

También por ese procedimiento, tan útil como sencillo, se evitaría lo que ocurrió el domingo pasado en un casino que todavía se intitula Federal-histórico. Fué el caso que, sin la debida convocatoria, se reunieron en dicho centro algunos individuos (unos afirman que no llegaban á doce pares, otros aseguran que eran miles de miles), con el plausible objeto de nombrar interinamente Comité local. Previas las formalidades de ordenanza, procedióse á la votación, resultando elegidos: para presidente, un apreciable sujeto, peritísimo en la mecánica de la urna, como podrían atestiguarlo algún conservador y algún constitucional de Valencia; y para secretario, á un listo y aprovechado joven, tan listo y aprovechado, que ha sido *casi* portestandarte (nunca peón) en todas las parcialidades avanzadas, habiendo hecho en todas lo que hace el camaleón. ¿Se extraña V.? Pues no falta quien asegura que aún hoy sirve á los zorrillistas, fundándose en que hasta hace poco ha figurado como director del periódico zorrillista *El Progreso*. ¡Figúrese V. lo que entenderá de Federación el nuevo secretario! Y lo peor no fué esto, sino lo que venía detrás. ¡Ay! por poco no nos regalan otro... que entonces si que hubiera sido ese Comité local interino, modelo de lealtad y de consecuencia.

¡Vive Dios! ¿Y para llegar á esto se libraron batallas continuas y se barrió por sus extravíos al decano de la democracia valenciana? ¿Para eso se le ha dado su merecido, barriéndolo también, al *jurisconsulto de acá*? ¿Para eso ha suspendido sus cartas el estimado *Cualquiera*? ¿Para eso, en fin, firmaron su renuncia hace poco los representantes que componían la *Junta provincial*?

Convenzámonos, amigos federales valencianos, de que por este camino tardaremos en llegar al fin deseado. A ese fin se llega con un poco más de patriotismo y con un mucho menos de ambición á jefaturas inmerecidas.

¿Servirá esta carta para romper el silencio de mi desconocido *Cualquiera*? Creo, y perdóneme la bachillería, que sería muy conveniente.

Suyo afectísimo,

CUANSEVÓL.

Post-scriptum: Se me asegura á última hora que el neófito presidente del Comité local, con un rasgo de modestia que le honra, y acaso comprendiendo que los cargos en nuestro partido no son patrimonio de una camarilla, ha renunciado la presidencia. Este acto, si resultara cierto, le pondría muy por encima de los que, creyéndole vanidoso, fingieron ensalzarle para mejor perderle.

ESCOBADAS Y ESCOBAZOS.

Un diario federal madrileño, órgano... de su propietario, sigue impertérrito tratando en tonto el ya nauseabundo tema de «los enemigos encubiertos, los que com-

baten la coalición de la prensa, etc., etc...»

Pero, hombre de Dios, si nadie habla, si nadie se ocupa para nada de esa coalición, ¿á qué conduce hablar un día y otro de enemigos, que nadie ve, y de ataques, de que nadie se apercibe?

Cualquiera maliciaría que eso lo dice el colega para disculpar la inercia en que vive el comité directivo de la coalición de la prensa, el cual ha dejado transcurrir ya dos meses sin haber intentado siquiera llevar á cabo, *por las vías legales*, la coalición de los partidos.

Que es su principal misión.

Y la más importante.

En un artículo, escrito por cierto en un lenguaje semipatético y semibufo, el apreciable diario federal madrileño nos habla de «imbéciles que, careciendo de ideas propias, tienen que implorar de ajenos cerebros el influjo del rayo de luz que no hallan en los suyos.»

¡Qué carecen de ideas propias y tienen que implorar!...

¡Hombre! ¡Si aludirá el colega á algún demócrata marqués!...

Aunque más bien creo que los redactores del diario federal madrileño se han aludido á sí mismos.

Pues se sabe que acostumbran, de vez en cuando, á inspirarse en un filósofo... intérprete de las doctrinas de Krause.

Pero hay más.

El mismo diario, que tanto elogió las bases de la coalición de 1886, habla ahora pestes de ellas, calificándolas de «legalidad trasnochada y fiambre (¡qué delicadeza... de lenguaje!) y de contrario al dogma democrático (¡qué puritanismo... tan raro!)»

Pero, señor, ¿dónde tendrían entonces los ojos todos los republicanos, federales y progresistas, con sus correspondientes periódicos y jefes y estados mayores, que con tanto júbilo y entusiasmo recibieron y aceptaron aquellas bases?

Razón tenía quien dijo que á veces un hombre solo, con un solo ojo, ve más claro que toda una generación de Argos.

Las Dominicales del Libre Pensamiento nos dijo, en su número 355, de 9 del actual, á propósito de unas frases del Sr. Moret, que «aquí hace falta una revolución.»

Estamos conformes. Absolutamente conformes. Si señor.

Pero una *revolución fundamental* ¿eh?

No olvidemos ese detalle.

Pregúntame un curioso qué razón habrá tenido *La República* para no mentar siquiera el violento artículo publicado en *Las Dominicales* contra el Sr. Pí y los federalistas.

Hombre... yo no sé... porque...

En fin, ¡cómo no sea que el diario federal necesite toda su energía, que no es mucha, y todos sus apóstrofes é insultos, que no son pocos, para sus antiguos correligionarios!...

Porque, lo que es á mí, otra razón no se me alcanza.

Pues sí; Madrid está de enhorabuena. Ya tiene Alcalde.

Si, señores; aunque parezca mentira.

No hay más sino que, para distinguirlo (con vara y todo, por supuesto), hay que echar mano del telescopio.

¿Qué si es pequeñito, me preguntan ustedes? ¡Uf! Si, señores, muy pequeñito. Es decir, no lo es mucho... Pero, vamos, lo es bastante.

En fin, ello es que ya tenemos Alcalde. Ahora ya no nos falta más que el Ayuntamiento.

Y este ya se está *confeccionando*.

Y de Real orden.

MOSTACILLA.